

Cuatro cuentos

MARTHA DUEÑAS

Con el canto del gallo

Legamos a las diez de la mañana, cuando la tierra ya está caliente. Con gran misticismo y creyendo firmemente que lo que íbamos a concebir era lo anhelado.

Amada combinó la leña con varios días de anticipación, era de encino y ocote. La dejó secar rociándole aceite de alhucema y trozos de copal para que al prenderla tuviera los efectos deseados. El fuego lo había prendido a las cinco, con el primer canto del gallo.

Una cruz de ceniza indicaba una pequeña puerta. Me deslicé; el contacto con la tierra no me fue agradable. Se desbarató la cruz en mi cuerpo.

No recuerdo en que orden entraron las demás, la oscuridad no me permitía ver, el humo me hacía llorar y la sorpresa de estar ahí me dejaba muda.

Nos fuimos colocando y no fue fácil, mi cuerpo estorbaba. Utilicé manos y pies en busca del muro, ahí permanecí. El misticismo me había abandonado dejando en su lugar el terror. Nuestras piernas y manos se entrelazaban, no sabíamos de quién era qué, ni a quién le pertenecían. Una anciana delgada, encorvada no sé si por los años o por el trabajo que realiza entró con un guaje en la cabeza y dos cubetas de agua. Me estremecí. Su olor me sofocaba más. Cuando abrió la puerta tomamos aire, como si fuera el último. Quitó de su cabeza la jícara, le puso agua, la aventó a las piedras calientes al otro extremo del que yo estaba, salió un aroma extraño y seductor. Acarició los cuerpos y caminando sobre de ellos les untó alcohol. La falta de oxígeno y el vapor fue demasiado. Queríamos salir, respirar.

Doña Emilia cantó en un idioma desconocido y lleno de armonía. Volvió la calma. Ahora disfrutábamos el contacto

del piso, y el olor de la alhucema y el copal que a través de los muros se colaba; lo que antes fue un suplicio se convirtió en un placer.

Por una rendija recibió unas ramas, las calentó blandiéndolas con movimientos circulares arriba de su cabeza donde el vapor era más intenso. Ya calientes las hojas y flexibles las ramas fue poniéndolas sobre nuestros cuerpos, acariciando con ellas: cara, vientre, pechos, muslos, manos, pies. Con suavidad pero con energía, a golpecitos rápidos. Terminó conmigo y siguió con las demás el mismo ritual, siempre cantando.

Provocó un chasquido con su lengua. Las ramas se movieron solas. Tomaban formas viriles. Se regocijaron nuestros cuerpos. Su pelvis se proyectó a cada una mostrando un falo descomunal. Se arrastró por nuestros cuerpos como serpiente. ¡Damballah! Saca la lengua y la mete. ¡Damballah! Se dobla en forma de círculo, se cuelga de una rama. ¡Damballah! Mientras con la cola nos da de latigazos. Con la cabeza hacia abajo reconoce la presencia de la mujer. Personifica la fuerza y la usa, ¡dios acuático! nos mira y posee en proporciones iguales, disputamos su atención y nos calma con su sensualidad.

Trata de hundir su sable en mi vientre, se dobla; agarra el hierro candente y de un solo golpe atraviesa mi cuerpo, lo crucifica, dios marítimo de la vida y de la muerte, también de la procreación, simboliza la vida en el reino de lo invisible. Damballah protege la fertilidad.

Los tambores tocan a marcha, una figura marcial y arrogante con menosprecio nos mira. Se materializa. Se agitan las ramas y vuelve la calma.

Doña Emilia sigue el ritual, siempre cantando. Lavó mis cabellos, jabonó mi cuerpo y con las ramas y un zacate lo frotó. Los cantos terminaron. Se puso el guaje en la cabeza y nos ayudó a salir.

Amada nos recibió con unas sabanas blancas, nos acostó en la tierra ya caliente por el sol. Toqué mi vientre. ¿Damballah estará ya en nuestros cuerpos?

El claustro

En 1626, en el claustro de las Ursulinas en la ciudad francesa en Lyon, existió una novicia, Sor María de las Rosas, su nombre le venía por su amor y dedicación a esas flores. Poseía cultura, inteligencia y evidentes dotes piadosas.

Una noche sor María se vio acometida por insólitas visiones, en donde los deseos de su cuerpo se manifestaron. La

atormentan de día y los deseaba de noche. Con preocupación e inocencia se lo comentó a la priora, y demás ursulinas, esa charla terminó en una histeria colectiva. Quieren oírlo todo. Saber más. Sueñan y desean.

Sor María de las Rosas acude al sacerdote del priorato en busca de consejo, el apuesto Germain Dupré. El cura rehusó al principio y no aceptó ser el confesor. Poco le duró la fortaleza. A los pocos días todas las demás religiosas lo aturdían. Y lograron hacerlo presa de sus deseos, visiones, fantasías.

Un día, Dupré, en agradecimiento le llevó a Sor María de la Rosas un gran ramo de ellas pidiéndole las compartiera con las demás ursulinas. Al olerlas, comenzaron a contorsionarse, a desvestirse, a gritar. Pronto fueron oídas por los diablos que venían en las flores: Astarót, Sabulón, Asmdeo y Behmot. Y comenzó el baile con insólitos encorvamientos, contorsiones. Los empalmes y acrobacias. Hasta los más impúdicos gestos, desatando un delirio alucinante de caricias en el que evolucionaban las figuras eróticas hacia lo más perverso.

Traspasó los muros del convento el rumor de los aquelares, convirtiéndose en el escándalo de la comarca. En los salones de la corte, los caballeros, con regocijo contaban los sucesos, y las damas los deseaban.

El prior del convento acudió a contemplar las negras maravillas y, por supuesto, participó de ellas.

Cuenta la crónica que el exorcista, el padre Surim, le quitó el perfume a las rosas. Después a sor María la dejó tan manuable, tan sin su esencia que pudo poner el cuerpo de la joven en distintas posiciones. De adelante para atrás. Hacia arriba. De costado. A los lados. De cabeza, hasta rozaba el piso.

Era tan dócil como una flor. No hacía ni el más mínimo jadeo. Se arrastraba por el suelo, pidiendo ayuda. Por lo que tuvieron que venir otros exorcistas para ampararla en tan difícil cuidado.

Y así permaneció la desdichada, en extrañas posturas con los nuevos demonios que la poseían. El sacerdote Germain Dupré murió ejecutado en la hoguera el 18 de agosto de 1634. Lo acusaron de haber introducido al apacible lugar el espíritu maligno.

Revelador

En la cumbre de la tierra, arriba de los abismos; con las Águilas, sentí mi grandeza.

Fue entonces cuando aprecié mis valores.

La historia de uno

Cuéntase que Uno le robó la mujer a Otro.

Cuéntase que Uno mudó de pueblo y se convirtió en un personaje prominente.

Cuéntase que Otro no vuelve a trabajar. Que se pasa los años sentado en una banca. Que no come ni duerme, que abandona su cuerpo y espíritu, que sólo vive pensando en su represalia.

Al fin, un día se levanta, camina al pueblo donde Uno vive, pone un negocio y espera. Llega el día en que Uno atraído por la fama de Otro, acude en busca de sus servicios: se sienta en el cómodo sillón, empieza a sentir la suavidad de las manos que tocan su piel, las toallas calientes cubriendo su cara, sólo se escucha el roce de la navaja sobre el asentador, suave, tranquilo, con esa tranquilidad de la larga espera, de la satisfacción de la venganza.

Otro le recarga la cabeza sobre la silla hasta que queda fuerte y segura; sujeta con la mano la barba, desliza la navaja hacia arriba, al centro, de lado. No se escuchó ningún lamento. ■



Peter Saxer